

urbano y de la marginalidad y se centra en seres que enfrentan su soledad indagando con regodeo en la filosofía de sus cuerpos.

Componen este libro catorce relatos que hablan de experiencias límite (un escritor que fotografía sus heces convencido de que puede leer en ellas su destino, una mujer que padece menstruaciones repentinas, un hombre traicionado que chupa la sangre de su enemigo, otro que se deleita en su propia aerofagia...). El autor de *Pasado negro*, considerado como el novelista de la descomposición social, vuelve al tema a través de la metáfora de la descomposición física: orina, saliva, esperma, sangre, sudor, gases, eructos... y todo lo que tenga que ver con «los misterios enzimáticos de nuestros cuerpos» se narran en estas páginas con evidente sentido del humor. Hay una asociación de la inmundicia con nuestra condición fútil tratada con naturalidad. Además podemos decir que todo lo que produce rechazo y desprecio es lo que está en estos relatos cargado de fuerza y significación. Así el coprófago del relato de Fonseca añade una dimensión esotérica a sus excrementos al considerarlos cargados de una parte importante de su fuerza vital. Es evidente que el escritor brasileño acentuará la dimensión trágica de los personaje que persiguen, vanamente, una felicidad fugaz de imposible permanencia en un mundo en el que las personas están cada vez

más incomunicadas por culpa de las nuevas tecnologías. La tendencia al contraste entre lo inocente y canalla; amor y sexo brutal; humor y pesimismo; deseo y repulsión; belleza y deformidad..., así como el ritmo rápido, el constante factor sorpresa, la aparición de elementos inesperados y un estilo condensado, caracterizado por la exuberancia verbal, de nuevo nos recuerda que para el autor de *Los prisioneros*: «El escritor debe ser esencialmente un subversivo del gobernante. Nuestro lenguaje debe ser el del no-conformismo, el de la no-falsedad, el de la no-opresión».

Milagros Sánchez Arnosi

El lado oscuro de la modernización: Estudios sobre la novela naturalista hispanoamericana, Sabine Schlickers, *Iberoamericana-Vervuert*, 428 pp., Madrid/Frankfurt, 2003.

Tras largo proceso, la crítica vuelve a interesarse por el realismo naturalista en las letras iberoamericanas. Nuevos estudios superan ampliamente clásicas monografías como las de Ara o Urbistondo: el último que viene a unirse a dicho revisión es este exhaustivo trabajo de Sabine Schlickers, profesora de la Universidad de Bremen.

Buena conocedora del estado de la cuestión sobre el *roman expérimental*, así como de la trayectoria histórica del zolaísmo, Schlickes busca, antes que definir el naturalismo francés para compararlo con el ultramarino, determinar cómo entendieron los hispanoamericanos dicha corriente europea y hasta qué punto se sintieron obligados a seguirla como modelo ideal. Para ello, su análisis no atenderá exclusivamente al fenómeno literario, sino también al entorno político, científico y filosófico, discursos de obligado examen en lo que concierne a un subgénero que, como el del naturalismo, esperaba ser valorado como documento social de su época. La modernidad artística coincidía con el avance de la modernización social y técnica; al mismo tiempo, la fe en el progreso del escritor naturalista entrañaba un hondo pesimismo antropológico.

Gran aporte de la autora al campo de la historiografía literaria es, junto con su revisión de la «batalla naturalista» en Buenos Aires, el apartado que dedica a la de Montevideo, generalmente ignorada pese a la mucho mayor influencia cultural que ejerciera el positivismo científico en Uruguay. Ambas capitales del Plata, por otra parte, constituyeron sendos focos naturalistas en permanente contacto, fenómeno ausente entre otras naciones hispanoamericanas.

El cuerpo principal del estudio lo forman análisis individualizados

de novelas de diferentes autores y países, atendiendo a su evolución histórica y al aspecto temático concreto en torno al que se construyen: el determinismo biológico y ambiental o la confluencia del naturalismo con ulteriores rumbos de la novela americana (modernismo y criollismo). Junto a los títulos y autores más asediados por la crítica (Argerich, Cambaceres, Martel, Gamboa, Zeno Gandía entre otros), algunos de ellos no naturalistas *avant-la-lettre* pero intertextualmente ilustrativos, Sabine Schlickers ofrece al estudioso interesantes análisis de novelas casi ignoradas, menores y canónicas, algunas de sorprendente interés temático y estructural (caso de *Vida nueva*, del chileno Emilio Rodríguez Mendoza).

Manuel Prendes

Urban Imaginaries from Latin America, Armando Silva, Editor: *Documenta 11*, Kassel, Alemania, 300 pp. Con el apoyo del Convenio Andrés Bello.

Este libro excepcional, por su claridad conceptual, por su variedad temática, por su aporte gráfico y la amplitud de su horizonte latinoamericano, resume en inglés, y con el significativo respaldo de la *Documenta 11* de Kassel quien lo incor-

poró a su presentación como un aporte singular, el trabajo de más de 400 personas, en 14 ciudades, incluida Barcelona, que coordinados por el profesor Armando Silva, de la Universidad Nacional de Colombia, se han abocado desde 1998 al estudio de las culturas urbanas y sus imaginarios sociales en nuestro continente.

Pero esta fría ficha no oculta su hirviente contenido. Todo el arsenal de las ciencias humanas, de la antropología a la semiótica, de la encuesta al psicoanálisis, del folclore a la fotografía, parece resultar desbordado y exigir una nueva síntesis original para el análisis de fenómenos tan evasivos y singulares como los que aquí se muestran. Y este libro la logra. Aquellos que van de la satanización y uso de la tumba de Pablo Escobar, en Medellín, a las reinas mártires de la belleza, en Venezuela como en Colombia, con sus cuerpos rehechos por la cirugía. Da las madres de la Plaza de Mayo, en Buenos Aires, al dibujar en el piso de la calle las siluetas de los desaparecidos, para que así resuciten y nadie las pise ni patee de nuevo, hasta los enfrentamientos, en Santiago de Chile, entre las viudas de la Unidad Popular contra beligerantes pinochetistas que no vacilan en erigir aún altares con la

efigie del dictador glorificante, como lo estudia Nelly Richard.

La figura analítica con que son vistos estos y otros hechos complejos, corresponde muy bien a la agudeza inicial con que Armando Silva estudia los *graffiti*, los álbumes de familia, los problemas de la comunicación o los núcleos inmigrantes en Colombia. Proyectados y perfeccionados, en rico intercambio con sus colegas de toda América y España, nos da ahora, en ese lugar común de la nueva tecnología, un mapa colorido y fresco no sólo de nosotros mismos sino de cómo nos miran los otros. Por ello Bogotá, como todas las otras ciudades, parece reafirmar los tópicos a la vez que cambia de percepción. Gris y diversa, violenta y peligrosa, si bien preferimos leer en nuestro tiempo libre, también soñamos con viajar, en la memoria Jorge Eliecer Gaitán y en el futuro el metro, siempre bajo la sombra tutelar del cerro de Monserrat.

He aquí un libro renovador e inteligente que prolonga, en nuestros días, el aporte pionero y capital de José Luis Romero, en *Latinoamérica: las ciudades y los días* (1976) y traza, en el desbordante caos de nuestras ciudades, un espacio reflexivo digno de todo encomio.

Juan Gustavo Cobo Borda

El fondo de la maleta

El centro de la Tierra

De vez en cuando surgen unos proyectos, severamente racionales y catastróficos, para llegar al centro de la Tierra. No en un viaje alegórico hacia el pasado del planeta, con billete de ida y vuelta, como en la novela homónima de Julio Verne, sino como en el plan de otro personaje verniano, el de *Sans dessus dessous*, que intentaba desviar el eje terráqueo mediante la artillería de un gigantesco cañón (gigantesco para las grandezas de 1889).

Ahora podríamos mejorar las fantasías estrictas de Verne y producir una grieta que llegase al núcleo planetario, para enseguida rellenarla con hierro fundido. Quizá bastara con todo el hierro disponible en la superficie, no más que eso. Se compensaría porque suponemos que en el centro de nuestra pelota cósmica hay un inmenso núcleo férreo que valdría la pena alcanzar.

El núcleo está allí, cabe concluir, desde hace unos 4.400 millo-

nes de años, a unos 6.400 kilómetros bajo nuestros pies, los tuyos entre ellos, lector/lectora. Una hipótesis sobre su dinámica sostiene que gira a distinta velocidad que el resto del planeta, como si fuera un planetilla autónomo que se niega a corresponderse con el otro, el periférico, por lo que estaríamos en un sistema descentrado.

La vida tardó 1.000 millones de años en aparecer. Estas cifras vertiginosas son nuestra verdadera antigüedad, frente a la cual la historia humana es un tardío momento, bien que calificado con exquisitez por nuestro narcisismo de especie elegida.

¿Qué tal si enviáramos una nave subterránea al centro de la Tierra, como enviamos naves espaciales a Marte y la Luna? ¿Lograríamos satisfacer nuestra necesidad de hallar un centro, al menos uno, inmovilizarlo para que sea realmente central, partir de él para que nuestras magnitudes no sean meras conjeturas en el infinito?